

DOMINGO SEGUNDO DE NAVIDAD

1ª lectura (Eclesiástico 24, 1-4.12-16): *En la ciudad escogida me hizo descansar.*

Salmo (147, 12-13.14-15.19-20): *«La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros».*

2ª lectura (Efesios 1,3-6.15-18): *Nos predestinó a ser hijos adoptivos.*

Evangelio (Juan 1, 1-18): *El Hijo único es quien lo ha dado a conocer.*

Cada año que pasa podemos caer más en la cuenta de que estos días de las navidades son muy diferentes a los que vivimos cuando éramos niños. Entre otras cosas, teníamos más celebraciones familiares en nuestras casas: nos juntábamos con los tíos y los primos y eran los únicos días que trasnochábamos como los mayores.

Recordamos también lo pronto que se pasaban, nuestro tiempo estaba lleno de fiesta sencilla, de canto de villancicos, de juegos en casa, de largas tertulias en las que se recordaba a los que ya no estaban; se sacaban las fotos, se contaban anécdotas y se echaba en falta a los que no habían podido venir a juntarse con nosotros.

No se mandaban felicitaciones por whatsapp, ni correos electrónicos, ni llamadas por el móvil; se hacía todo lo posible por visitarnos, por vernos, por desear “a la cara” lo mejor para el año que comenzaba. Nada parecido a lo que estamos viviendo hoy y a lo que estamos transmitiendo a los más pequeños.

Repetíamos cosas que, para ellos, hoy no tienen ningún sentido; recibíamos felicitaciones repetidas de organismos e instituciones con las que hemos dejamos de tener relación o que ya no existen: (portero, basurero, cartero, sereno...). Se llenan nuestros buzones de propaganda que no hemos solicitado ni nos interesa y aparece simbología religiosa en los grandes “templos” del consumo.

Por nuestra parte, enviamos mensajes y buenos deseos a la lista de todos los años en la que aparecen personas con las que no tenemos otra relación el resto del año. A muchas personas les aparece una necesidad compulsiva de hacer regalos a los amigos, a los familiares, a los niños, etc.; pocas veces pensamos si esas personas no necesitaran de nosotros algo diferente: que les dediquemos algo de nuestro tiempo, que les hagamos compañía, que nos interese por sus vidas. Y si no ponemos remedio, al año que viene volveremos a hacer lo mismo.

Convendría pararnos, pensar y discernir. Cambiar alguna de las muchas cenas por una tertulia y plantearnos el tema. Reflexionar sobre lo que estamos haciendo en estas fechas navideñas y tomar alguna decisión que implique volver a celebrar lo que verdaderamente es esencial para el cristiano.

Que Dios se hizo “prójimo”, se aproximó a las personas, a donde ellas vivían y sufrían y gozaban y esperaban y buscaban y... Se hizo nuestro igual, igual que uno cualquiera de nosotros. Esto es lo que significa que *«la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros»*. Y, por eso, celebrar también en este domingo la Navidad es volver a celebrar su presencia junto a nosotros para que seamos luz, para comunicar la salvación y para dignificar a cualquier persona cuya dignidad está siendo pisoteada.

Durante el año pasado, casi todos los días, hemos podido ver en los medios de comunicación el rostro de alguna persona cuya dignidad ha sido pisoteada; nos han llegado campañas para manifestarnos o adherirnos a causas frente a la violencia contra mujeres maltratadas, niños y niñas violados, ancianos abandonados... situaciones, todas ellas, que van en contra de la dignidad de las personas. La Palabra, que se hace persona, se acerca a cada una de ellas para darles su propio nombre de hijas e hijos de Dios. Y, de paso, a que vivamos como hermanos, iguales en dignidad, en derechos y en responsabilidades.

Cuando vivimos sin tropiezos, con la salud apañada y la situación económica no nos agobia, creemos que no necesitamos a nadie y, en ocasiones, tampoco sentimos la necesidad de nadie. Si, además, nuestro estilo de vida está marcado por las relaciones sociales que llevamos la mayoría, los problemas de los otros no nos interesan, hasta nos molestan y no tenemos tiempo para ocuparnos de ellos.

Sin embargo, Jesús viene a sanar nuestras “heridas”; nuestra vida tiene verdadero sentido cuando nos convertimos en sanadores de nuestros hermanos y nos alimentamos con el Cuerpo roto y la Sangre derramada del Hijo de Dios que nos visita.

Al alimentarnos de Jesús se produce en cada uno de nosotros ese nuevo nacimiento que le dirá Jesús a Nicodemo: *«hay que nacer de nuevo»* ^(Jn 3,1-5) por el que caemos en la cuenta del gran regalo que nos llega todos los años en Navidad para ser capaces de iluminar el mundo de las tinieblas y oscuridades por el que nos movemos.

De esta manera la comunidad de seguidores de Jesús colabora con otros hombres y mujeres de este mundo a salir de esta negra noche a la luz de un nuevo día y, transformada en samaritana, como su Maestro, carga con los “heridos” del camino.